

PARTE SIETE, DESASTRE

TERCER MOVIMIENTO, EXPLORACIÓN

Día Cuarenta y Uno

La llegada del sol al atardecer del día cuarenta, produjo un gran efecto en nuestros ánimos deteriorados. Las sonrisas regresaron a nuestros rostros tras la interminable noche de infortunios, de tristeza y de encierro.

El sol había vuelto a brillar. Devolviendo a nuestros espíritus un atisbo de esperanza.

A pesar de que el día siguiente amaneció nublado, con lluvias y frío intenso, tuvimos la certeza de que el sol estaba allí, pronto para sorprendernos en cualquier instante con sus gratificantes rayos de vida.

La espesa capa de nieve que cubría el valle comenzó a derretirse, escurriendo en múltiples hilos de agua helada hacia los terrenos más bajos, y hacia el sur, en dirección al lago.

El sol había vuelto a brillar.

El Dios Egu se había acordado de nosotros.



Día Cuarenta y Dos

Discutí con Etxekide las condiciones para realizar una exploración de los terrenos montañosos al norte de la caverna. Él no se mostró proclive a emprender una excursión que nos implicara más de una jornada. La nieve aún dificultaba la marcha, no contábamos con reserva de comida y no había vegetación de la que pudiéramos alimentarnos durante el camino.

Por otra parte, abandonar la caverna, aunque fuera temporalmente, no parecía prudente. Y no era sensato ni viable trasladarnos con las cabras y todos nuestros equipajes. Una alternativa era que alguno de nosotros quedara al cuidado de la caverna. Ello implicaba tomar una decisión delicada. Deberíamos separarnos en dos grupos.

Hablé con Janequa al respecto. Ella aseguró estar dispuesta a quedarse en compañía de Guaire, lo cual traía como consecuencia no poder contar con su habilidad como arponero en la excursión.

El propio Guaire se manifestó reticente. No a quedarse con Janequa, sino a la eventualidad de separarnos, porque ello nos haría más vulnerables a cualquier situación de peligro.



Por la tarde, volvió a salir el sol.

Salimos de la caverna a gozar de la desacostumbrada luminosidad y de la agradable sensación de calidez que provocaba.

A unos pasos de la entrada me senté sobre un tronco, permitiendo que el sol bañara mi cuerpo a través de las pieles de abrigo. Me las fui quitando, primero las de mi cabeza, luego las de mis pies, hasta que la tibieza fue suficiente para terminar de desvestirme. Así pude recibir el sol sobre mi piel. Mientras fui capaz de resistir el frío, permanecí acurrucada, disfrutando las suaves caricias en mi espalda, llenándome de una energía que creía perdida.



Más tarde me propuse realizar un ensayo de lo que nos costaría avanzar sobre la nieve. Utilizando restos de canastos, improvisé un par de sandalias que ajusté a mis pies envueltos en pieles. Con ellas logré alejarme unos cuatro campos de la entrada, caminando con dificultad. Igualmente me resultó agotador. Tratando de disimular el esfuerzo, emprendí el regreso. Fue entonces que noté a pocos pasos, un bulto que se movía a gran velocidad.

Me asusté por un instante hasta que se detuvo. Era un conejo. Un conejo blanco, casi invisible en el manto de nieve que cubría el terreno. Parecía estar observándome mientras fruncía graciosamente la nariz.

Llamé a gritos e hice señas a los varones. Pero cuando ellos llegaron, el conejo había desaparecido.



Durante la cena hablamos de las posibilidades de realizar la excursión. Abian abrió la boca solamente para anunciar que él no se separaría de Ainenfrau. Lo que confirmaba mis supuestos. Si Guaire y Janequa aceptaban quedarse en la caverna, los otros cuatro iríamos al norte.

Etxekide y Guaire sostuvieron sus objeciones en la escasez de comida y el riesgo de enfrentamiento con manadas de lobos. Traté de convencerlos, conjeturando que los conejos habían regresado. Que ellos nos proporcionarían alimento, no sólo a nosotros

sino también a los lobos. Que si los lobos encontraban conejos, no estarían hambrientos y dejarían de ser un problema.

Pero no logré persuadirlos con esos argumentos.

Íntimamente sabía que deberíamos esperar a que la nieve terminara de disolverse y volviera a emerger la vegetación, antes de emprender cualquier excursión. Pero no me hallaba dispuesta a admitirlo. Necesitaba que ellos aprobaran mi plan.

Necesitaba en primer lugar el consentimiento de Etxekide.

Esa noche lo invité a dormir en la cámara superior.



Día Cuarenta y Tres

— Es cierto que los Dioses te han hablado ?

Etxekide se hallaba acostado a mi lado. Luego de tanto tiempo de dormir sola, era una situación extraña. Recordé lo sucedido la noche anterior, cuando lo había invitado a mi dormitorio. El extenso silencio mientras contemplábamos el fuego, sentados en el piso. Y la conmoción de permitirle abrazarme, de volver a sentir su aroma, su cercanía, su piel rozando la mía.

— Janequa te ha dicho eso ?

— Sí. Ella está convencida.

Dudé cuáles de mis experiencias confesar. Qué pensaría Etxekide de mi visión de Zebensui Glorioso ?

— Etxekide.

— Sí, preciosa.

— La estrella ha caído en Atlantis, no ?

Él abrió sus ojos.

— Ellos te lo han dicho ?

— No, Etxekide. Quiero que tú me digas lo que crees.

— No podemos saberlo, Itahisa.— Reflexionó un momento antes de continuar — Ciertamente la estrella ha caído hacia el oeste. Por eso el mar se vino sobre nosotros más tarde.

— No podemos saber a qué distancia ?

— Varias jornadas. Más allá de Islas Castigadas.

— La ola gigante debió ... pasar por las Islas, entonces.

— Sí.

Ambos permanecemos en silencio. Imágenes de los esforzados residentes con los que habíamos construido el terraplén, acudían en aluvión a mi memoria.

— Quizás ellos pudieron refugiarse en las montañas.

— Sí. Creo que la única opción para que consiguieran salvarse es que hayan logrado subir a las montañas a tiempo. Quiero decir, antes de la explosión.— Etxekide hizo una pausa.— La ola gigante también debe haber golpeado a las ciudades atlanteanas que se orientan hacia el este, como Lehen y Zazpir.

No pude evitar llorar. La idea de que las bellísimas ciudades de Atlantis con todos sus pobladores se encontraran sumergidas bajo el mar, era intolerablemente dolorosa.

— No hay montañas en Zazpir.— Dije quitando las lágrimas de mis mejillas.

Etxekide suspiró largamente.

— No. Pero las minas de cobre se encuentran en terrenos elevados ...

— Muchos están muertos.

— Sí, Itahisa. No he dejado de pensar en ello, desde el día del desastre.



Pequeñas hierbas volvieron a verse en los terrenos próximos, estimulantes asomos de verde que alegraban el paisaje en el que aún predominaba el blanco.

El sol se dejó ver varias veces por entre la multitud de nubes que cruzaban el cielo, alternando con breves lloviznas.

Guaire fue con Ainenfrau al lago y ambos regresaron de buen ánimo. El hielo se había derretido y la pesca había resultado abundante. Además de patos y conejos, Guaire nos contó entusiasmado que habían visto un animal de mayor porte a gran distancia. Aseguró que se trataba de un cerdo salvaje.

Me apoyé en sus descubrimientos para insistir acerca de la exploración. Al reunirnos para la cena, tanto Guaire como Etxekide aceptaron que, si no volvía a nevar, podríamos empezar los preparativos.



Día Cuarenta y Cuatro

Por primera vez en casi cincuenta días tuvimos un día preponderantemente soleado. Las múltiples corrientes de nieve derretida adquirieron mayor caudal, regalando una sonoridad distinta, mineral, a la hermosura de la mañana iluminada. En el cielo, reaparecieron las palomas y otros pájaros pequeños contribuyeron con sus trinos a la sensación de resurgimiento, de reparación de la vida.

Pudimos volver a cosechar hierbas para alimentar a las cabras y devolver sabor a nuestros platos de pescado.

Por la tarde, iniciamos el reparto de recursos. Debimos determinar cuáles mantas, sogas, pieles y herramientas eran imprescindibles para la excursión y cuáles debían permanecer en la caverna. No eran problema los arpones y cuchillos, porque teníamos suficientes. Pero disponíamos de una sola pala y una sola hacha. Resolvimos dejar la pala y llevar el hacha, lo que implicaba que Guaire y Janequa no podrían cortar leña en nuestra ausencia. En prevención de ello, trabajamos acopiando leña para varios días y la apilamos en la entrada.

Más tarde preparamos nuestros equipajes. En mi bolso me sorprendió encontrar prendas que nunca había necesitado. Por no soportarlas durante los días del calor ni ser suficientes cuando había empezado el frío. Entre ellas, mi vestido ceremonial, que una vez había sido blanco, ahora arrugado y sucio, impregnado de humo, cenizas y humedad. Lo estiré, lo observé con extrañeza y decidí limpiarlo. Traté de quitar las manchas refregándolo con una piedra y lo puse a secar cerca del fuego.

También recuperé de mi equipaje un bolso de cuero que contenía mis joyas. Pendientes, pulseras, tiaras y aros, finos trabajos en preciosos metales y piedras. Objetos valiosos en otro mundo. De qué podrían servirme ahora ? Tras dudarlo un momento, decidí llevarlas conmigo.

La noche también estuvo despejada y pese al frío, disfrutamos un buen rato del espectáculo increíble de la luna y las estrellas. La belleza que creíamos perdida estaba allí, aparentemente inalterada, inmovible, para deleite de nuestros espíritus.

Al acostarme a dormir, tuve una percepción que me dejó perpleja por un instante. Aunque me resultara una sensación remota, perdida, era inconfundible.

En mi entropierna se advertía una humedad espesa. La sangre había vuelto a bajar por mi *natura*.



Día Cuarenta y Cinco

Envueltos de pies a cabeza en pieles de lobo, cargando abultados equipajes en nuestros hombros y sogas enrolladas en las cinturas, elevamos los arpones al cielo para despedirnos de Janequa y Guaire, e iniciamos la travesía, cuando el sol apenas se adivinaba sobre el horizonte.

La marcha fue muy lenta. Debimos hacer rodeos en las zonas aún anegadas por la nieve y saltar continuamente sobre pequeños arroyos del deshielo.

No sabíamos con certeza a dónde nos dirigíamos. No sabíamos cuánto tiempo nos implicaría la excursión. No contábamos con mapas del terreno. Confiábamos en que Ainenfrau, la mujer peluda con la que casi no podíamos hablar, nos guiara hacia otras "jule", otras cavernas más al norte, donde quizás encontraríamos a otros sobrevivientes, o quizás por el contrario, nos enfrentaríamos al dolor de hallarlos muertos.

Al principio el camino fue ascendente. Escalamos por zonas pedregosas hasta la cima de una montaña. Lo que pudimos ver al llegar hasta la cumbre nos dejó admirados. Al sur, mucho más allá de nuestra caverna, se divisaba el mar. Pero no era el mar de Atlantis, según lo que pudimos cotejar, porque el mar de Atlantis se hallaba al oeste. Lo que estábamos observando por vez primera era el Lubarnea. El mar desconocido

cuya exploración había sido el motivo de nuestro viaje, se mostraba por fin ante nuestros ojos, inmensamente azul. A la distancia, en el horizonte detrás del mar, se distinguían las montañas grises del continente de Libia.

En cuanto retomamos la marcha, dejamos de ver al Lubarnea. Continuamos en dirección noroeste y rápidamente empezamos a descender hacia un valle ondulado, cubierto aún casi totalmente de nieve. Las cumbres fueron quedando a nuestras espaldas y en la lejanía, al frente, alcanzamos a ver otras cadenas montañosas. En todo el alcance de la vista no pudimos notar una nota de humo que nos diera señales de presencia humana.

Paramos para comer y descansar al mediodía, cuando pudimos cerciorarnos que en el horizonte podía distinguirse uno de los afluentes del Tartessos, aunque era improbable que pudiéramos llegar hasta él antes del anochecer.

Continuamos descendiendo, a veces bordeando pequeñas corrientes y con frecuencia haciendo desvíos para evitar caminar sobre la nieve. Debimos sumergirnos en agua helada hasta la cintura para cruzar un arroyo a mitad de la tarde. Pese a que empezábamos a sentir el cansancio de la larga caminata, decidimos aprovechar hasta la última luz del sol, con la intención de avanzar lo más posible hacia el río que teníamos por destino, mucho más adelante y más abajo, en los confines del valle.

Mientras avanzábamos, evité quejarme de las punzadas que sentía en mi cabeza, de los dolores en mi vientre y del zumbido que por momentos perforaba mis oídos.

Al oscurecer, buscamos una zona libre de nieve para tender pieles y mantas. Recolectamos ramas y encendimos el fuego. Poco tiempo después de cenar pescado hervido con hierbas, nos rendimos al cansancio.



Día Cuarenta y Seis

Despertamos y reiniciamos la marcha con las primeras luces del sol. Por la mañana continuamos cruzando el valle, ascendiendo y descendiendo suaves colinas. Por momentos debimos caminar sobre un espesor de nieve de unos quince dedos, que penetró por nuestros pies, hasta que el dolor se nos hizo insoportable. A los varones y a mí, porque Ainenfrau caminaba sobre la nieve imperturbable, como si se tratara de césped.

Ya no nos hallábamos a suficiente altura para distinguir con la vista el afluente del Tartessos. Pero no fue complicado orientarnos y mantener la dirección noroeste. Podíamos guiarnos por la posición del sol y además, todos los árboles estaban abatidos y carbonizados, señalando, invariablemente, al este.



— Jonterfol kadof.

Ainenfrau estiró su brazo, apuntando algo que no pudimos descifrar. Bruscamente cambió de dirección y caminó a paso rápido por entre la nieve barrosa. La seguimos durante un rato, sin entender lo que pasaba, hasta que Etxekide, observando el cielo, gritó alborozado.

— Humo ! hay humo !

No pude advertir el humo, pero la excitación ascendió por mi pecho, devolviéndome la fuerza para apurar el paso. A la distancia no vi gente, pero sí una pequeña manada de ovejas muy flacas.

Eran las primeras ovejas que veíamos luego del desastre.

Cuando nos aproximamos a ellas, huyeron de nosotros. Iniciamos la persecución de los animales por un terreno rocoso, parcialmente anegado.

Ainenfrau encabezaba la marcha, seguida a pocos pasos por Abian, a un ritmo que Etxekide y yo no fuimos capaces de sostener. Cuando ellos llegaron a la cima de una colina, se detuvieron y pudimos darles alcance.

A un campo de distancia, dos jóvenes pastores, extremadamente delgados y sucios nos miraban con expresión de pánico. Unas diez ovejas se habían congregado cerca de ellos.

— Jonterfol kadof jonter dima jugel.— Intentó explicarnos la mujer del hielo.

— La aldea está detrás de aquella colina.— Intentó traducir Abian.

— Si nos acercamos, saldrán corriendo. Están muy asustados.— Opinó Etxekide.

Pese a que nos quedamos inmóviles, los dos jóvenes se lanzaron a correr, huyendo hacia su aldea, seguidos por las ovejas.

— No podremos entendernos con ellos, — reflexioné en voz alta — pero deberíamos hallar el modo de intercambiar un par de ovejas.

Avanzamos con precaución bordeando la colina, hasta que tuvimos a la vista el origen del humo.

La aldea no existía. No había chozas, sólo un par de toldos hechos con pieles, colocados sobre estacas, en la ribera de un pequeño arroyo. Además de los jóvenes, dos hombres y una mujer mayores, comenzaban a desarmar los toldos. Estaban allí de paso, en busca de pasturas para sus ovejas y era evidente que no tenían interés en tomar contacto con nosotros.

Si ellos y sus ovejas habían logrado sobrevivir al calor, los incendios, los lobos, el diluvio, el frío extremo y la nieve, necesariamente deberían tener su refugio en las montañas, al igual que nosotros. Y del mismo modo, recién con la llegada del sol y el posterior deshielo, habrían podido alejarse de su caverna.

Etxekide nos hizo una seña para que nos ocultáramos tras las rocas. Lentamente caminó hacia los pastores, quienes lo observaban con aprensión. La figura altísima de un hombre barbudo, sucio, cubierto de pieles desde la cabeza hasta los pies, viniendo hacia ellos, les resultaba atemorizante.

Cuando Etxekide estuvo a una distancia de diez pasos, tomó su cuchillo de la cintura y lo depositó lentamente en el piso, retrocediendo luego, como le habíamos visto hacer a Tinabuna en nuestro primer encuentro con los nativos de Euriopa.

Uno de los jóvenes hizo un intento por ir a tomar el cuchillo, pero fue detenido por severas negativas de la mujer mayor. Los pastores intercambiaron palabras y retomaron la tarea de desarmar sus toldos, sin prestar atención al cuchillo, ni a Etxekide.

Tras una breve espera, él terminó por resignarse, recuperó el cuchillo del piso y regresó con nosotros, haciendo unas muecas graciosas que intentaban disimular su fracaso. Abian y yo nos reímos. Ainenfrau inició uno de sus típicos discursos impenetrables.

Los pastores se aprontaban a marcharse con sus ovejas y teníamos que evaluar si los íbamos a seguir, o por el contrario, debíamos desentendernos de ellos y continuar nuestra marcha.

Entonces tuve una idea. Era algo extravagante, pero valía ensayarlo.

Sin que los pastores pudieran verme, corrí hasta el arroyo donde me quité las pieles de lobo que me abrigan. Desnuda, me interné en el agua helada, soportando las agujas de frío que se me clavaban en la piel. Tras bañarme, desanudé como pude mis cabellos, para dejarlos sueltos. Busqué en mi bolsa la túnica ceremonial y me la coloqué por la cabeza. También extraje la diadema de plata y la puse en mi frente, colgué en mi cuello el aro del delfín de mi adopción, aros en mis orejas y una pulsera de oro en mi brazo.

Regresé a la roca donde estaban Abian, Etxekide y Ainenfrau, quienes me observaron con ojos admirados. Sin prestar atención a sus bromas, tomé un disco de bronce pulido que utilizábamos como espejo y se lo di a Etxekide, junto con indicaciones de cómo usarlo.

Los pastores estaban por emprender su camino, cuando hice mi aparición, en la cima de la colina, vestida de blanco, mis cabellos ondeados por la brisa y mi cabeza engalanada por la tiara ceremonial. Etxekide hizo lo que le pedí. Oculto tras la roca, posicionó el espejo para que reflejara los rayos del sol sobre mi vestido.

Tal como lo había previsto, los pastores quedaron impresionados. Detuvieron sus tareas y se quedaron mirándome, atónitos. Nunca habían visto una mujer atlanteana en sus atuendos ceremoniales. Nunca habían visto a una mujer tan alta y tan rubia. Nunca habían visto una túnica blanca de algodón, ni una diadema de plata con incrustaciones de piedras violetas y rojas. Pero quizás lo que más los sorprendió fue que el vestido brillaba de una forma incomprensible. Los escuché hablar entre ellos, sin dejar de observarme.

En voz alta, pero con mi tono más dulce, les dije.

— Soy Itahisa de Atlantis, no tengan miedo.

Y caminé lentamente hacia ellos, permitiendo que Etxekide girara apenas el disco de bronce para continuar iluminándome.

Fue entonces que la reacción de los pastores sobrepasó mis expectativas. De a uno, empezando por la mujer mayor, fueron arrodillándose en el piso y comenzaron a entonar una extraña, repetitiva oración.

— Sava zeita mama. Sava zeita mama.

Me detuve. La situación era muy divertida pero debía contenerme, tenía que actuar con solemnidad. Simplemente abrí mis brazos y traté de imitar sus rezos.

— Sava zeita mama.— Pronuncié en forma pausada.

— Sava zeita mama.— Corearon los pastores.

Lo que ocurrió a continuación fue inesperado. La mujer mayor, avanzó en cuclillas hasta ponerse frente a mí, e inclinándose hasta el piso, me besó los pies. Los demás pastores quisieron imitarla, pero reaccioné rápidamente en prevención de que pudieran descubrir el brillo del espejo que Etxekide manejaba a mi *eskuona*.

Retrocedí lentamente, haciendo gestos de que no se me acercaran. De pronto, mi idea original de intercambiar alguna joya por un par de ovejas, empezaba a complicarse. Pensaba cómo hacerles entender cuál era mi simple propósito.

Increíblemente, nada tuve que hacer. Como si hubieran leído mis pensamientos, los pastores ataron sogas a los cuellos de un cordero y una oveja, los trajeron hasta mí y, haciendo una cantidad de reverencias, me los entregaron. Me apuré a tomar las sogas, mientras continuaba retrocediendo, ascendiendo nuevamente la colina.

Allí abrí los brazos al cielo. Alzando la voz, pronuncié por última vez.

— Sava zeita mama.

Mientras los pastores repetían indefinidamente la oración, les di la espalda, y arrastrando a los dos animales, descendí corriendo el otro lado de la colina hasta el arroyo.

Até las sogas a una rama, para despojarme de la túnica. Mientras me vestía con las pieles de lobo, me empecé a reír sola. Tras un instante llegaron Abian, Etxekide y Ainenfrau. Chocamos palmas. Etxekide actuó entonces como pastor y se arrodilló a mis pies. Nos reímos durante un buen rato, como hacía mucho tiempo que no lo hacíamos.



Queríamos llegar al río antes que oscureciera. Y aún faltaba una gran distancia. De modo que no demoramos en retomar la marcha, lo más rápido que pudimos, con Abian tirando de las ovejas, ya ingresando a un valle despoblado de árboles, salpicado de charcos de nieve y agua sucia.

Al aproximarnos, verificamos que aquel afluente del Tartessos era mucho mayor de lo que habíamos pensado. Tenía entre cinco y seis campos de ancho, un gigantesco torrente de agua, probablemente engrosado por tantos días de lluvia y por el derretimiento de la nieve en los valles aledaños.

Era impensable cruzarlo a nado con nuestros bultos y menos con dos ovejas de arrastre. Debimos realizar una parada.

Afortunadamente había patos en las orillas y no fue difícil cazar uno utilizando la red de pesca. Encendimos el fuego para cocinar, mientras los varones fueron a recolectar ramas.

Cortamos troncos para producir gruesas estacas de unos tres pasos de largo. Las fuimos atando entre ellas, fabricando una pequeña balsa, con la que intentaríamos cruzar el río al día siguiente.



Día Cuarenta y Siete

La balsa no soportaba el peso de todos, de modo que debimos realizar dos viajes. En el primero, fueron los varones y las ovejas. Abian y los animales aguardaron en la orilla y Etxekide regresó por nosotras. Entonces cruzamos, impulsándonos con largas estacas a modo de remos, hasta alcanzar la margen opuesta.

El sol asomaba en el horizonte cuando iniciamos nuestra tercera jornada en búsqueda de la *grosejule*. Supuse que remontaríamos la ribera del río hacia el norte, pero Ainenfrau insistió en que continuáramos hacia las montañas que veíamos al noroeste.

De modo que nos apartamos del río que habíamos cruzado con las estacas, al que denominamos de esa forma, en atlanteano, *Gu-adaki-ibai*.

A media mañana nos encontramos con un arroyo de pequeño caudal, por el que las aguas transparentes bajaban a gran velocidad golpeando contra las rocas. Ainenfrau se detuvo un momento, tomó un puñado de agua y lo llevó a su nariz. La bebió y nos dijo unas palabras, que interpretamos como que nos hallábamos en el camino correcto.

El resto de la jornada continuamos ascendiendo terreno pedregoso, a la vera de aquel arroyo. Los matorrales estaban secos, pero no quemados como los que habíamos visto durante los días anteriores. Los incendios no habían llegado hasta allí.

Al atardecer, el cielo nos regaló un espectáculo hermoso, pintando las altas nubes de intensos tonos rosados. Continuamos marchando sin detenernos, mientras empezaba a oscurecer, siguiendo a la mujer peluda en su ágil avance por entre las rocas.

De pronto ella se apartó del arroyo y caminó decidida unos pasos hacia el este. Allí se detuvo. Volviéndose a nosotros, señaló una pared de piedra y dijo simplemente:

— Jule.

Entusiasmados, corrimos hacia la boca de la caverna, pero al entrar quedamos decepcionados. Era una gruta pequeña, deshabitada.

Recién al acostumbrar nuestros ojos a la oscuridad, pudimos distinguir restos humanos en el piso. Varios esqueletos sobre jirones de piel de lobo. Supimos que eran de hombres del hielo. Habrían sido ellos en vida, miembros de la familia o del *Klan* de Ainenfrau ? No lo pudimos discernir con certeza. Ella no se mostró interesada en entrar a la cueva. Regresó a un claro próximo al arroyo y comenzó a recoger leña para encender el fuego.

Entendimos que allí pasaríamos la noche.



Día Cuarenta y Ocho

Me despertó una fría llovizna. Sentía fuertes punzadas en la cabeza y las piernas me dolían, en protesta por tanto tiempo de marcha forzada. Me preocupaba no tener certeza sobre lo que restaba de viaje hasta la gran caverna. Quise obtener de Ainenfrau una estimación de lo que nos quedaba por recorrer, pero ella se limitó a señalar las cumbres de la cordillera delante nuestro, como lo había venido haciendo en días anteriores.

Continuamos ascendiendo la montaña, siguiendo la corriente de agua que serpenteaba entre las rocas. Hicimos una breve parada para descansar y comer al mediodía, en la que finalmente compartimos nuestras dudas por habernos alejado tanto de nuestra caverna. Nos empezaba a inquietar que Janequa y Guaire estuvieran bien, y no se afligieran por nuestra larga ausencia, que podría llegar a ser de diez o más días.

Durante la tarde, el camino se hizo más empinado. Por momentos, los varones debieron cargar las ovejas sobre sus hombros, porque enfrentamos pendientes rocosas que los animales no podían escalar. Más tarde bordeamos un lago rodeado de montañas, en el que pudimos ver patos y nutrias, y retomamos el trayecto remontando la corriente en el otro extremo del lago. Cruzamos un bosque de arbustos que, increíblemente, habían resistido las inclemencias de los tiempos recientes, quizás por hallarse protegidos por las macizas montañas que se presentaban ahora a nuestra *eskuerra*.

Por detrás de ellas, el sol comenzaba a descender atravesando una cortina de nubes encendidas, anunciando el final obligado de nuestro cuarto día de excursión.

Imprevistamente, Ainenfrau se detuvo en un recodo del arroyo. La vimos echarse al piso, detrás de unas rocas y atinamos a lo mismo. Abian sujetó a las ovejas con sus fuertes brazos. Hubo un angustioso silencio, en el que intentamos adivinar lo que nuestra guía había advertido. Al rato, nos hizo señas para que nos acercáramos sin hacer ruido.

A un campo de distancia había una persona, envuelta en pieles, agazapada en la orilla del arroyo.

Pero ello no fue lo que nos impactó. Lo extremadamente llamativo era el objeto que tenía en su mano.

Indudablemente era un arpón con punta de bronce. Un arpón atlanteano.

Nos invadió la excitación. Quién sería esa persona ? Podría ser uno de nuestros compañeros de expedición ? Acaso un nativo que había hallado o intercambiado el arpón ? No era fácil saberlo. Su cabello estaba oculto en un gorro de piel. Su rostro no llegaba a distinguirse y su altura era difícil de estimar, por hallarse agachado. Tampoco podíamos descartar que hubiera otros hombres o mujeres con él. Que quizás también tuvieran sus arpones. Por ello, podría ser arriesgado descubrir nuestra presencia.

Una de las ovejas trató de zafar de la presión del brazo de Abian, emitiendo un balido de protesta. El hombre agachado alcanzó a escuchar el sonido del animal y giró su cabeza.

Entonces vimos su barba. Mi pecho estalló de emoción. La barba era rubia. Era uno de nosotros.

— Quién está ? — Grité alborozada, aun sin dejarme ver.

El hombre reaccionó de inmediato poniéndose de pie, evidenciando su estatura. No me esperaba que su respuesta fuera aquello que más deseaba oír.

— Itahisa ?

Reconocí su voz. El pecho me dio varios vuelcos y salí de mi escondite.

Corrí hacia él. Él corrió hacia mí. De un salto estuve en sus brazos. Lo besé y lloré de alegría.



Guadarteme también lloró y me estrujó entre sus brazos. Su cabello y su barba habían crecido, cubriéndole parte de la cara. Me soltó para fundirse en un largo abrazo con Etxekide cuando lo reconoció. Fue conmovedor aquel reencuentro entre amigos de toda la vida.

Recién entonces advirtió la presencia de Ainenfrau, a quien observó con asombro. Sonrió al ver llegar a Abian con una oveja en cada costado.

Las preguntas se atropellaban para salir de mi boca.

— Cómo está Oihane ?

— Bien.

Las lágrimas continuaban brotando de mis ojos.

— Y Txanona ?

Guadarteme dudó un instante.

— Bien. Algo ... alterada. Pero bien.

— Teno ? Tinabuna ? Mizkila ? Atabar ? — La voz me salió quebrada.

Su alegría se desvaneció tras la abundante barba.

— Mizkila ya no está con nosotros.

Aunque me produjo pena, tomé con calma aquella noticia. Durante mucho tiempo había temido que todos estuvieran muertos. Mizkila estaba muerta. Pero Oihane y Txanona estaban vivas.

— Eso quiere decir que Teno, Tinabuna y Atabar están vivos ?

— Sí.— Guadarteme recuperó el semblante alegre.— Teno y Atabar están bien. Tinabuna está muy enferma.

— Están todos juntos ? Los tres barcos ? Es lejos de aquí ?

Él recibió mi cascada de preguntas con una sonrisa.

— Nada supimos del barco tres. Como tampoco del barco cinco, de ustedes, hasta este momento. Teníamos pocas esperanzas de encontrarlos. De los quince que éramos al principio, quedamos once. Hemos visto partir a Eneko, a Ixemad, a Markel y a Mizkila. Y si estamos vivos, Itahisa, es porque los Dioses han jugado de un modo inexplicable con nosotros.— Guarteme hizo una pausa antes de preguntar — Guaire, Janequa y Nira están muertos ?

Etxekide respondió por nosotros.

— Guaire y Janequa están bien, en nuestra caverna, unas cuatro jornadas a pie hacia el sur. Nira ha cruzado la Puerta.

Guarteme miró a Abian y se encontró con su expresión de pesar. Por un breve momento nadie habló, en memoria de quienes ya no se encontraban con nosotros.

— Quién es ella ?

Caí en la cuenta que no había hecho las presentaciones.

— Guarteme, ella es Ainenfrau. Ainenfrau, él es Guarteme.

La mujer del hielo no se movió. Contemplaba la escena a distancia.

— Ella ... habla nuestro idioma ? — Guarteme la observaba con perplejidad.

— Ella vive con nosotros hace cuarenta días. Es nuestra guía.

— Vive con ustedes ?

— Ella es mi compañera.— Intervino Abian con cierta brusquedad.

La sonrisa de Guarteme se congeló, abrió los ojos espantado, alzó las cejas y buscó nuestras miradas, como queriendo cerciorarse que no se trataba de una broma.

— Vive ... con ustedes ? — Repitió sin dar crédito.

— Sí, mi amor. Qué tan lejos estamos de la caverna ?

Él demoró en responder.

— A unas tres carreras.— Señaló al noroeste.

No esperábamos aquello. Era mucha distancia para hacerla en lo que nos quedaba del día.

— Has venido tan lejos ? Solo ?

— Sí. Estamos empezando a explorar los alrededores. Otros marcharon en otras direcciones esta mañana.

— Llegaste a pescar algo ? — Me burlé de su arpón limpio. Aún no cabía en mí la alegría de haberlo encontrado. De saber que otros amigos y compañeros estaban vivos. De volver a reunirnos en comunidad atlanteana. La Diosa Elkar se había acordado de nosotros. Volví a apoyarme en su pecho y a rodearle la cintura.

— No, pero cacé dos ovejas.

Etxekide celebró la típica salida de Guadarteme, pero a Abian no pareció gustarle.

— Podemos ir entonces a la *grosejule* ?

— Qué es la *grosejule* ?

— Deberías saber, Guadarteme. La *grosejule* es el nombre de tu casa.

Él se mostró confundido. Pidió por señas un aparte con Etxekide y conmigo. Nos alejamos unos pasos. Luego nos dijo en voz baja.

— Tenemos un problema.

— Cuál ?

— La mujer del hielo, cómo dijiste que se llamaba ?

— Ainenfrau.

— Eso. Tengo que prevenirles que Ainenfrau no será ... bien recibida.

— Por quién ? Por qué ?

— Es largo de explicar. Podría ella quedarse ... aquí, esperando ?

— No. Ella viaja con nosotros.

— No se podrá hacer algo ... para ... evitar un mal momento, Itahisa ?

— Tinabuna fija las reglas en la *grosejule* ? — Protesté.

Guadarteme sonrió nuevamente.

— No.

— Quién ?

— Tu amiga Txanona.

Quedé algo sorprendida. Tinabuna no sólo era la *Maisu* directora de la expedición, también era la mayor. Lo esperable era que ella ejerciera el liderazgo en la gran caverna. Estaría tan enferma ? Cómo había logrado Txanona imponerse sobre las otras *hamazortzi* ?

— Bien, entonces no hay problema, yo hablaré con ella.

— No me parece que sea tan fácil, *guahira*.

— No te preocupes, mi amor, vámonos ya.



La impaciencia por reencontrarnos con nuestros amigos nos hizo olvidar el cansancio y los dolores acumulados durante cuatro jornadas. Debimos forzar la marcha durante el crepúsculo, aun transitando zonas anegadas de nieve.

En el camino, Guadarteme nos hizo relatos de lo ocurrido desde el momento en que nos habíamos separado, cincuenta días atrás.

Al percatarse de que navegaban solos, habían resuelto retroceder hasta la bifurcación anterior, asumiendo que nosotros haríamos lo mismo. Al no encontrarnos, habían hecho sonar el colmillo de elefante varias veces, sin obtener respuesta. De modo que habían continuado descendiendo el Tartessos hasta la primera de las bifurcaciones, próxima a la aldea de pastores.

Allí se habían reunido con los barcos tres y ocho.

Ellos habían remontado uno de los ramales del río Tartessos, y llegado a un punto en el que la corriente que bajaba de las montañas era tan rápida y angosta que hacía imposible la navegación, por lo que también habían resuelto volver.

Las tres *txalupak* habían iniciado entonces la exploración de otro afluente, caracterizado por los colores ocre de las rocas y los tonos amarillos de sus aguas. Siguiéndolo durante media jornada, habían llegado hasta un lago al pie de las montañas, donde habían encontrado a un grupo de hombres del hielo, que viajaba hacia el norte.

Al igual que nosotros, habían resuelto perseguir a los nómades, con la idea de localizar las cuevas que utilizaban como refugio. Pero a diferencia de nuestro caso, los hombres del hielo no se estaban marchando de la caverna, sino que recién llegaban a ella.

Allí se había producido la primera discusión. Entre quienes proponían regresar al sitio de encuentro y evaluar las posibilidades, y quienes sostenían que era necesario previamente conocer el interior de la caverna. El problema era que ésta se hallaba ocupada por una docena de hombres del hielo.

El grupo de *hamazortzi* residentes había insistido en ingresar a la caverna, contra la opinión de Tinabuna y de los *hamazortzi* del barco cuatro. En esta determinación había sido decisiva la opinión de Txanona, quien a su vez se guiaba por las previsiones de Ixemad, la *Maisu* en Astronomía que viajaba en el barco ocho. Ella había pronosticado que no habría tiempo para llegar al sitio previsto de reunión en la boca del río y regresar antes de que los desastres empezaran a ocurrir.

La situación había terminado de tensarse cuando Txanona, desoyendo la orden de Tinabuna, había avanzado hacia la entrada de la caverna, seguida por Teno, Ixemad y los demás residentes.

Contrariamente a lo temido, no se había producido un enfrentamiento con los hombres del hielo. La caverna era tan extensa, que ni siquiera se habían encontrado con ellos en la primera incursión. Al mismo tiempo se había descargado una tormenta tan fuerte que hacía inviable proponerse la navegación río abajo, por lo que Tinabuna finalmente había aceptado que lo mejor era refugiarse en la caverna, al menos mientras durara la tormenta.

La mañana siguiente se había generado una segunda discusión, entre quienes entendían que debían regresar al punto de encuentro, y quienes sostenían que el barco

cinco, el nuestro, ya debería haber encontrado otro refugio. Como resultado, habían terminado por acordar que el barco tres descendiera por el río en nuestra búsqueda, mientras los demás trabajaban en el acondicionamiento de la caverna.

Desde entonces, no habían tenido noticias del barco tres.

Los hombres del hielo habían abandonado la caverna, la misma tarde que la estrella viajante había desplazado al sol, convirtiendo la noche en día, poco antes de que la tierra comenzara a temblar.



Era noche cerrada cuando llegamos a la *grosejule*.

En la base de una colina notamos la entrada, iluminada por resplandores de una hoguera que se estaba apagando.

Ainenfrau se detuvo de improviso, cuando nos hallábamos a un campo de distancia. Abian y yo intentamos persuadirla de que continuara con nosotros, pero ella se negó con firmeza. Había permanecido en silencio desde el encuentro con Guarteme en el arroyo.

Nos resignamos a dejarla allí y caminamos hasta la entrada. Algunas lámparas encendidas permitían vislumbrar las curiosas formaciones rocosas del techo, que se asemejaban a nubes. Hasta donde alcanzábamos a ver, la gruta era enorme, olía a humedad, a orines y a carne quemada.

Guarteme gritó:

— Vengan a ver lo que he pescado !

Entonces los vimos aparecer, de a uno, desde las oscuras profundidades de la caverna.

Nos costó reconocerlos, extremadamente delgados, arropados con jirones, caminando con dificultad.

Eran nuestros amigos, nuestros compañeros de expedición, nuestros hermanos atlanteanos, pero no lo parecían. Más bien impresionaban como muertos vivientes, esqueletos recubiertos de piel, recién levantados de sus lechos de muerte.

A ellos también les costó reconocernos. Abrieron los ojos de asombro antes de gritar nuestros nombres, antes de que se produjera una algarabía general de abrazos, de risas y de llantos.

De celebración de un reencuentro que tantas veces habíamos soñado y tantas veces habíamos creído que jamás llegaría a suceder.



Oihane estaba muy flaca, pero conservaba el brillo de su mirada y la frescura de su risa. Sus pechos se notaban decaídos. Nos prodigamos besos y abrazos, llorando de alegría, comunicándonos la felicidad de volvernos a ver y lo mucho que nos habíamos extrañado.

Teno lucía también sumamente delgado. Sentí su abrazo débil, tembloroso, aunque cargado de cariño. La barba recortada, elegante, que lo distinguía, ya no estaba, había crecido en forma desprolija. Su boca olía a pescado. Acarició mis mejillas mientras decía con voz quebrada: "qué bueno que viniste, Itahisa".

Txanona era un esqueleto de ojos verdes. En su rostro macilento sobresalían los huesos, otorgándole una expresión severa, adusta, en la que no se detectaban rastros de la simpatía exuberante que le era propia. Cuando estuvimos frente a frente, nos saludamos en el modo habitual, chocando palmas y besándonos en la boca. Nos abrazamos largamente, mientras ella me decía: "creí que estabas muerta" y yo me reía, devolviéndole: "estamos vivas, Txanona, estamos vivas".

Continuamos saludando, reconociendo y abrazándonos con los demás integrantes de los barcos cuatro y ocho, entre los que también había sobrevivientes del barco dos, el que había sucumbido en la tormenta, antes de llegar al continente.

En general, los varones me impresionaron menos debilitados que las mujeres. Pero todos se veían mal, con los cabellos resquebrajados y varios tenían heridas sangrantes en la boca. Me pareció que ellos evidenciaban más que nosotros las adversidades vividas. Sería porque ya nos habíamos acostumbrado a nuestro propio aspecto ? Nos verían ellos a nosotros del mismo modo ?

Atabar, aunque delgado y barbudo, se asemejaba mucho a sí mismo antes del desastre. Conservaba su atractiva presencia masculina. Tuve con él un recuerdo especial de su compañera, nuestra amiga fallecida. "Mizkila nos está cuidando, Atabar", le dije al oído, y sentí como él reaccionaba en un estremecimiento de angustia.

Pero lo que más me dejó impactada fue el aspecto de Tinabuna. No sólo porque había perdido el porte robusto, el talante alegre y la determinación de su mirada. No sólo porque parecía haber envejecido veinte años en cincuenta días. Sino por las incomprensibles frases que dijo al saludarme:

— Llegó el barco cinco, el siete y el uno están en camino, van hacia la boca del río, están en camino.

Al mirar sus ojos, me abstuve de explicarle que la boca del río no existía más. Su mirada me hizo recordar a la de una mujer de Sexta, quien por momentos creía ser una gaviota.

Simplemente la contuve en mis brazos, expresándole mi felicidad de hallarla viva.



Completados los saludos nos trasladamos hacia una zona más profunda de la caverna, próxima a un gran lago de agua transparente, aunque ligeramente verdosa. Allí estaban los muebles improvisados con tablones, las ánforas y canastos, y otros objetos rescatados del equipamiento de los barcos.

Nos fuimos enterando que las *txalupak* cuatro y ocho habían sido destruidas, al igual que la nuestra, por la explosión del aire durante la madrugada del desastre.

Habían visto los incendios a lo lejos, aunque el humo los había molestado durante varios días. Nunca habían debido enfrentar ataques de lobos, quizás porque no tenían cabras. El depósito de agua de la caverna nunca había llegado a agotarse. No habían

sufrido la sed, pero sí el hambre. Sólo se habían alimentado de pescado, eventualmente aderezado con hierbas. En momentos de desesperación habían llegado a comer grillos y sapos. Y que recientemente, pocos días atrás, habían cazado las primeras nutrias, patos y conejos.

Txanona dirigió las oraciones, previo a la cena, la que consistió en una sopa de carne de pato con huevos hervidos y algunas hojas verdes.

Aunque teníamos mucho de qué hablar, estábamos exhaustos. Poco después de la cena, nos acostamos a dormir.



Día Cuarenta y Nueve

Me desperté en un sobresalto. Me costó reconocer las exóticas formaciones blancas y verdes del techo de la caverna, ahora iluminadas con escasa luz del día que llegaba desde arriba.

Estaba preocupada por Ainenfrau, quien se había empeinado en no acercarse a la *grosejule*, luego de cuatro jornadas buscándola. Las emociones del reencuentro de la noche anterior habían hecho que me olvidara de ella. Rápidamente me puse de pie y salí de la caverna.

No la encontré en el lugar donde nos habíamos separado. Empecé a llamarla a gritos, al tiempo que iba reconociendo los terrenos adyacentes. Un rato más tarde una voz masculina respondió desde un punto lejano. Era Abian. El gigante había salido en búsqueda de la mujer del hielo antes que yo, y la había hallado en la proximidad de otra corriente de agua más al norte.

Las dos ovejas pastaban junto a ellos. Me alegré de verlos. Les propuse ir a la caverna a desayunar, aunque estaba segura que Ainenfrau se negaría. Ella murmuró unas palabras opacas para hacerme saber su deseo de permanecer allí con Abian.

Resignada, regresé a la *grosejule*.



Cuando me encontraba a unos pasos, salió a mi encuentro Txanona.

La luz diurna hacía más notorio su aspecto demacrado. Su mano huesuda me ofreció una bola de carne desmenuzada de pescado, con hebras vegetales. La acepté con gusto.

Nos sentamos sobre un tronco, desde el que podía apreciarse el paisaje ondulado hacia el este, salpicado de acumulaciones de nieve. El sol comenzaba a ganar altura, encendiendo el fulgor de los ojos de mi amiga.

— El sol ha vuelto a brillar, flaquita.— Dije para entablar conversación.

Ella suspiró sin apartar la vista del horizonte.

— Debilucha, tenemos que hablar.

— Es cierto.

Txanona se veía abrumada.

— Han ... sucedido muchas cosas en estos cincuenta días.

— Sí.— Acepté, procurando intuir a dónde me estaba llevando.

— No lo sabemos con certeza, pero tenemos que suponer, que las ocho ciudades de Atlantis han sido destruidas.

Mordí mis labios.

— Sí. Tenemos que ... pensar en ello.— Admití, conteniendo la angustia.

— Si así fuera, ha caído sobre nosotras una enorme responsabilidad, Itahisa.

Simplemente asentí con la cabeza. Durante un rato permanecemos en silencio, masticando los bolillos de pescado, sintiendo la brisa que enfriaba nuestras mejillas. Ella volvió a suspirar antes de proseguir, en tono casi enfurecido.

— Podrá llevarnos muchos años o muchos ciclos. Volveremos a construir *txalupak* y a comunicar los mares. Nuestros hijos y nietos deberán continuar lo que nosotros iniciemos. Entiendes ? La civilización atlanteana no ha sido destruida. Por qué motivo estamos vivos ? Por qué estamos aquí ? Para qué otra cosa, sino para restaurar la tradición de los Pueblos del Mar ?

El alegato de Txanona me produjo una mezcla de sentimientos. Tras un instante, me sumé a sus intenciones.

— Dice Janequa que los Dioses nos han elegido para ello.

El delgado torso de Txanona se puso rígido. Me miró con asombro.

— Pues dile a Janequa que creo lo mismo. No sólo los Dioses han intervenido. Nuestras madres también. Las dos mías y las dos tuyas, Itahisa. Y también tu abuela Iruene.

Por mi mente pasaron recuerdos.

De mi madre Atissa, en las galerías de la *Eskuela* de Navegación, hablándome con cariño, mientras observábamos las gaviotas sobrevolando el puerto. De mi madre adoptiva Haridian, en los jardines de la misma *Eskuela*, viniendo hacia mi encuentro, sonriente. De mi querida Bentaga, contándome entusiasmada su plan para que el Círculo promoviera la incorporación de residentes en la expedición a Lubarnea. De mi abuela Iruene, en la Plaza de Intercambio de Hiru, adelantándonos los detalles y requisitos del gran viaje. Y de la madre adoptiva de Txanona, la astrónoma de Islas Castigadas, discutiendo con Etxekide sobre la reaparición de la estrella viajante.

Txanona estaba en lo cierto. Las cinco sacerdotisas, Atissa de Bosteko, Haridian de Sexta, Bentaga de Lehen, Iruene de Hiru y Zanina de Islas Castigadas, habían sumado sus esfuerzos para que nosotras viajáramos a Lubarnea. Para que nos embarcáramos en la misión de llevar la civilización atlanteana a otros continentes.

— Nos debemos a ellas.— Pensé en voz alta.

— Nos debemos a ellas.— Hizo eco Txanona.

— Mi madre Atissa ha cruzado la Puerta. Ella se me presentó en un sueño que tuve hace unos días.

Txanona me miró con desconfianza.

— Ella te habló ?

— Sí.

— Qué te dijo ?

— Me enseñó las estrellas. Como lo hacía cuando yo era una niña.

— Las estrellas ? — Los profundos ojos verdes de mi amiga se fijaron en los míos.

— No lo sé. La *izar-multzo* de la Osa, el giro en el firmamento ... ella ... su túnica ... brillaba en la oscuridad.

— Por eso dices que ha cruzado la Puerta ? No te dijo alguna otra cosa ?

— No.

Me encogí de hombros para reafirmar mi perplejidad. Resolví no confesar otros detalles de mi sueño. A la distancia, se escuchó el balido de una de las ovejas que habíamos obtenido de nuestro curioso encuentro con los pastores.

— Itahisa.

— Sí, Txanona.

— Tenemos que acordar algunas cosas.

— Sí.

— Tenemos que restablecer la convivencia.

— Qué quieres decir ?

— Ustedes son cinco, nosotros somos once. En esta caverna hay lugar y agua para todos. Tenemos que estar juntos. Pronto dispondremos de comida suficiente.

— Está bien. Pero nosotros somos seis.

— No estás entendiendo, Itahisa. Ustedes son cinco. Esa cosa peluda que tienen de compañía no cuenta. Está afuera.

— Ainenfrau vive con nosotros, Txanona.

— Porque aún no ha encontrado a su manada. No le llevará tiempo hacerlo.

— Es probable que su ... gente ... haya muerto.

— No lo sé, ni me interesa.

— Quieres decir que ella no podría quedarse ? Por qué motivo ?

— Sí, quiero decir eso. Motivos me sobran.

Observé la expresión de firmeza en el rostro de Txanona. Era indudable que hablaba en serio. Traté de ser persuasiva.

— Debes saber que Ainenfrau vive con nosotros hace más de cuarenta días. No hemos tenido un problema serio con ella. No entiendo tus motivos, ni se me ocurre deshacerme de ella.

— Itahisa, hazme el favor de ser sensata. Antes de que la estrella cayera, nos vimos forzados a convivir un par de días con los hombres del hielo en esta caverna. Y fue suficiente. Ellos se comportan como bestias, no tienen el mínimo sentido de orden, ni de higiene, ni de respeto hacia las mujeres. Y es inviable que lo tengan. No es posible convivir con esos ... animales. Pero ese no es el principal de mis motivos.

— No ? Cuál es entonces ?

— Por lo que sabemos, hasta el momento, somos dieciséis los sobrevivientes, ocho mujeres y ocho hombres.

— Qué hay con ello ?

— Me da la impresión de que has perdido la capacidad de razonar, Itahisa.

— Es posible. Por fortuna tú estás aquí para ayudarme.

— Hemos hablado de la necesidad de restaurar una comunidad atlanteana, cierto ?

— Cierto.

— Ello implica que estamos obligadas a traer hijos atlanteanos a este nuevo mundo. Muchos hijos. A quienes transmitir nuestra misión, nuestros conocimientos, nuestras creencias. Que sean iguales o mejores que nosotras. Que aprendan a construir *txalupak*, a navegar, a leer las estrellas, a medir distancias, a dibujar mapas.

— No veo ... qué relación tiene con ...

— Es evidente. Si traemos aquí a esa mujer peluda, ella empezará a tener hijos peludos. Te imaginas, Itahisa ? Bebés peludos que tendremos que alimentar y cuidar. Aprenderán ellos a hablar nuestro idioma o emitirán esos ladridos que les enseñaré su madre ? Serán capaces esos enanos de entender nuestra Religión o adorarán a los lobos como los hombres del hielo ? Puedes imaginarlos remando, cuando ni siquiera alcanzarán la estatura de un niño atlanteano de diez años ? No estamos en situación, Itahisa, de consumir nuestros escasos recursos en esa tarea tan ... estéril.

Tomé un instante para digerir el furibundo discurso de Txanona. Dentro de mí se libraba un conflicto de emociones. El estómago se me endureció al tiempo que mi pecho se agitaba.

— Entiendo lo que dices, Txanona, pero creo que estás equivocada.

— Dime en qué estoy equivocada.

— Puedo asegurarte que Ainenfrau tiene cosas para enseñarnos.

Txanona rió exageradamente. Su sarcasmo terminó de incomodarme. Decidí no continuar la discusión. Me aprontaba a incorporarme cuando advertí que Abian se dirigía hacia nosotras. En su rostro se advertía el enojo. Me di cuenta que había escuchado el final de nuestra conversación.

Sin darme tiempo a reaccionar, el gigante se acercó a Txanona. La sujetó con tal fuerza de los hombros, que ella se quejó del dolor.

— Suéltame, Abian.

Él la miraba fijamente, mientras repetía.

— Estás equivocada, muy equivocada, ya lo verás.

— Lo que veo es que ya te has convertido en un troglodita ... Bestia ! Bruto !

Me interpuse entre ellos, tratando de calmarlos. Con esfuerzo, logré que Abian se alejara unos pasos y procuré que Txanona interrumpiera su torrente de palabras ofensivas. Los gritos llamaron la atención a quienes desayunaban en la entrada de la caverna. Ellos corrieron hacia donde estábamos y entre todos pudimos disolver la situación.

Abian se alejó vociferando, acompañado por Etxekide. Teno trató de convencer a Txanona que era buen momento para beber una infusión. Oihane y Guadarteme se quedaron conmigo, notoriamente afectados por lo sucedido.

— Te lo advertí, *guahira*.— Guadarteme puso cara de complicidad.

— Me lo advertiste, querido Guadarteme, pero no quise creerte.



Al mediodía, resolvimos emprender el regreso.

Etxekide me comunicó que Ainenfrau no se sentía bien y que Abian estaba determinado a partir de inmediato, aun cuando nosotros decidiéramos quedarnos. Por otra parte, nos intranquilizaba haber dejado a Janequa y a Guaire solos. Llevábamos cinco días de exploración y teníamos otros cuatro por delante hasta volver a verlos.

Trabajamos un rato con Teno y Atabar, recopilando nuestros bosquejos, para producir un mapa general del territorio de Tartessos. Cotejando lo que unos y otros habíamos observado, llegamos a la conclusión de que existían cinco afluentes mayores, dos de los cuales se unían al llegar al mar, resultando cuatro bocas distintas.

A su vez, distinguimos dos afluentes menores de la más caudalosa de las ramas, la que nosotros habíamos denominado *gu adaki ibai*. Ambas vertientes corrían descendiendo las montañas, hacia el gran valle que separaba la cadena montañosa del norte de la del sur.

Como resultado de la compilación, Teno dibujó prolijamente un mapa, del que hizo dos copias, señalando la ubicación de las cavernas, para que nos sirviera de guía a ambos grupos en futuras exploraciones.



Oihane preparó un pato, cazado en la mañana por Atabar, para que tuviéramos comida durante el resto del día. Guadarteme se preocupó de limpiar y recargar nuestras ánforas, Teno nos ayudó a cargar los bultos y Tinabuna nos despidió con insólitas recomendaciones sobre la posibilidad de lluvias y tormentas.

— Manda mis saludos a Guaire y Janequa. Diles que los estaremos esperando.—
Declamó Txanona con solemnidad, cuando nos alejábamos de la *grosejule*.

En el arroyo nos reunimos con Abian, Ainenfrau y las ovejas. Allí iniciamos la marcha hacia el sur, apremiados por llegar a la pequeña caverna antes del anochecer.



Día Cincuenta

Nunca había ocurrido que Ainenfrau continuara durmiendo luego de la salida del sol.

Era un día parcialmente nublado. Etxekide capturó un cangrejo de gran tamaño en una zona barrosa de las orillas. Tenía fuertes pinzas hacia adelante y su cuerpo alargado era marrón con líneas rojas. Lo hervimos y saboreamos como desayuno, mientras Abian intentaba despertar a la mujer del hielo.

Por la tarde llegamos al *Gu adaki ibai*. Afortunadamente la balsa de estacas estaba en el lugar donde la habíamos dejado.

Cruzamos en dos viajes como lo habíamos hecho a la ida y nos instalamos a pasar la segunda noche en la misma colina donde había ocurrido el encuentro con los pastores, cuatro días atrás.



Día Cincuenta y Uno

Del otro lado del río, la nieve se había derretido y los terrenos se encontraban más secos. Eso nos permitió realizar el trayecto más directo, sin necesidad de estar sorteando zonas anegadas.

Mientras comenzábamos el ascenso hacia las montañas intercambiamos impresiones sobre lo sucedido en la gran caverna.

Compartimos juicios sobre el estado lastimoso en el que se hallaban nuestros compañeros. Comentamos la pena y la decepción que nos había causado encontrar a Tinabuna, a quien recordábamos ejerciendo con tanta firmeza la dirección de la expedición, en aquella situación tan deplorable, aparentemente perdida, perturbada, irreconocible.

El centro de nuestras preocupaciones radicaba en el incidente con Txanona, acerca de la no admisión de Ainenfrau en la *grosejule*. Abian no volvió a hablar del asunto, pero en su actitud se leía un profundo resentimiento. Etxekide quiso saber de la discusión previa y le hice un relato conciso sobre la visiones que Txanona me había transmitido.

Estaba claro que no enfrentábamos una desavenencia que pudiera diluirse con facilidad. No se trataba de un capricho de Txanona. Habíamos leído en otros *hamazortzi* los gestos de rechazo a la presencia de Ainenfrau. Era obvio que nuestros amigos tenían malos recuerdos de los momentos compartidos con los hombres del hielo. Etxekide y yo nos hicimos preguntas sobre lo que habría sucedido en esos días. No teníamos una explicación de cómo habían logrado ocupar la caverna sin que los lobos lo advirtieran.

Sea cual fuere la explicación, teníamos un problema difícil de resolver. Solos no podríamos preparar cultivos. Solos no podríamos cuidar rebaños, ni cortar árboles para construir cabañas. Necesitábamos reunirnos. Pero ninguno de nosotros aceptaría expulsar a la mujer del hielo como condición de convivencia.

Mucho menos cuando empezaba a hacerse evidente que Ainenfrau estaba embarazada.



Aquella tarde fue espléndida. El sol entibiaba nuestros cuerpos a través de los abrigo de piel, de modo que nos los fuimos quitando a medida que continuábamos el ascenso hacia las montañas del sur.

Por primera vez en mucho tiempo pudimos estar al aire libre con el torso desnudo.

Al oscurecer, volvió a hacer frío. Encendimos una fogata para pasar nuestra última noche de exploración.



Día Cincuenta y Dos

Al mediodía accedimos a la cumbre y volvimos a contemplar la belleza del Mar de Lubarnea. El cielo limpio permitía divisar la cadena de montañas del continente de Libia, recortándose nítidamente en el horizonte.

A poco de iniciar el descenso notamos la columna de humo de nuestra caverna. La alegría que nos produjo atenuó la fatiga acumulada en nuestras piernas. Con entusiasmo recorrimos los tramos finales, sabiendo que Janequa y Guaire nos estaban esperando.

Más contentos se pusieron ellos al vernos llegar. A la distancia observamos a Guaire dar saltos de festejo y luego escuchamos bramidos del colmillo de elefante. Con una agilidad sorprendente, Janequa corrió a nuestro encuentro. Estaba feliz de vernos, rió alegremente al ver las ovejas y rompió a llorar de emoción en cuanto le anunciamos que habíamos encontrado a nuestros compañeros.

El resto de la jornada, disfrutamos haciendo los relatos de lo ocurrido durante los ocho días de exploración. Nos reímos una y otra vez del episodio de los pastores. Transmitimos hasta los mínimos detalles de cómo habíamos encontrado a los sobrevivientes. Compartimos el pesar por la partida de nuestra amiga Mizkila y comentamos con preocupación el rechazo de los habitantes de la *grosejule* hacia Ainenfrau.

Me resultó muy grato sentir el cariño de Guaire y de Janequa. La caverna me pareció más agradable, más limpia y más acogedora de lo que la recordaba.

La noticia que ellos tenían para darnos era que las cabras únicamente entraban a la caverna por la noche, a dormir en su rincón habitual. Durante el día pasaban al aire libre, alimentándose ellas mismas de las hierbas que empezaban a crecer.

Apenas comenzó a oscurecer, Ainenfrau se retiró a descansar.



Día Cincuenta y Tres

Me despertaron los gritos de los varones. Abian había descubierto un cerdo salvaje y se aprontaban a perseguirlo con los arpones. Me divertí observando el nerviosismo mientras se daban consignas para darle caza, aproximándose desde puntos distintos.

Janequa y Ainenfrau estaban en la entrada, asistiendo a la escena. Pasé junto a ellas y besé a ambas en la frente.

Me alejé unos pasos por el valle, disfrutando de los colores de la vegetación que emergía del suelo carbonizado.

Me detuve junto a un tronco cerca de donde pastaban las cabras. La mañana era muy fría pero hermosa.

Con deleite aprecié que detrás de unas rocas había gran cantidad de flores blancas.

Dríadas de ocho pétalos. Bellísimas. Las flores habían regresado a nuestro paisaje.

La Diosa Ama se había acordado de nosotros, devolviéndonos la belleza de su Creación.

El terreno pedregoso, calcinado por los incendios, luego tapado por la nieve, volvía a florecer, trayendo el aroma dulce de aquellas flores propias de los días más fríos, flores del *negu* a fines del *uda*.

Las flores nacidas antes de tiempo. Las dríadas más jóvenes.

La historia de Itahisa continúa en:

Parte Ocho, Reparación

Primer Movimiento, Neguberri

<http://itahisa.info/about/parte-ocho/neguberri/>

Itahisa de Atlantis

Edición en Papel

Disponible para todo el mundo en Amazon

<http://www.amazon.com/Itahisa-Atlantis-historia-contaron-Spanish/dp/9974987555>

Itahisa de Atlantis en redes sociales

Blog: <http://itahisa.info>

Facebook: <http://www.facebook.com/ItahisaofAtlantis>

Twitter: <https://twitter.com/ItahisaAtlantis>